

APUNTES BIOGRAFICOS

SOBRE LA VIDA

DEL SR. PRESBITERO

D. Agustín Guisasola,

CANÓNIGO

DE LA

Santa Iglesia Catedral de Querétaro.

Con las licencias necesarias.

QUERÉTARO.

de Luciano Frias y Soto.

Flor-baja núm. 12.

1889.

BX4705

.G84

C3

c.1

BX4705

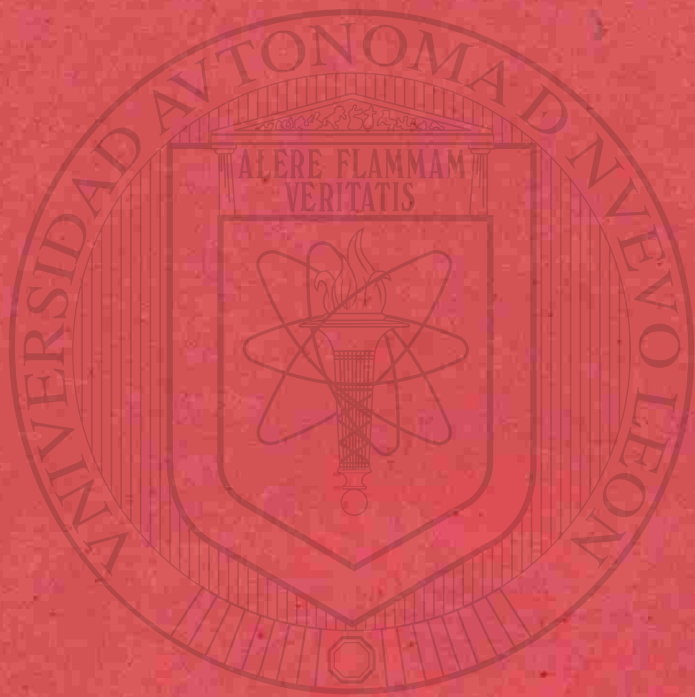
.G84

C3

c.1



1080025872



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

# APUNTES BIOGRAFICOS

SOBRE LA VIDA

DEL SR. PRESBITERO

## D. AGUSTIN GUIASOLA,

CANÓNIGO

DE LA

Santa Iglesia Catedral de Querétaro.

Con las licencias necesarias

QUERÉTARO.

Imp. de Luciano Frias y Soto.  
Flor-baja núm. 12.

1889.

Universidad de Nuevo León  
BIBLIOTECA  
VALVERDE Y TELLEZ

101485

V  
922  
6

BX4705  
-984  
C3



CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.



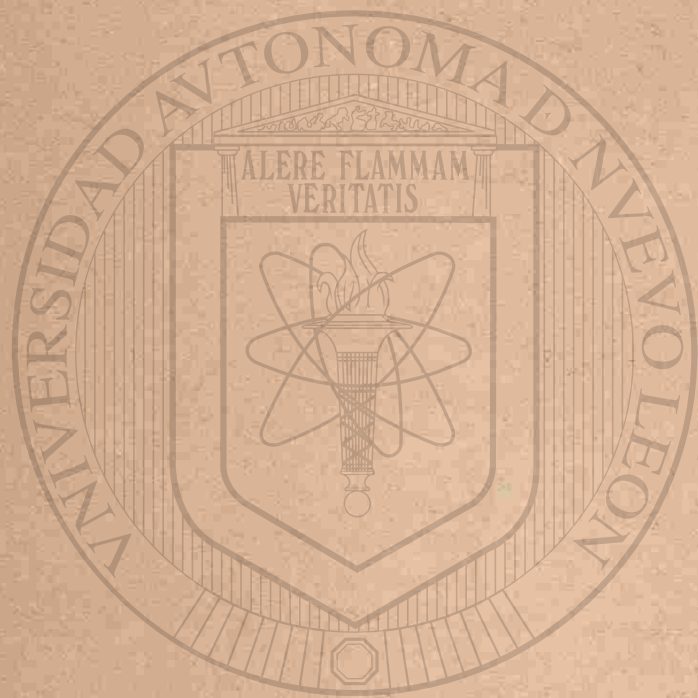
FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

126464



El Presbítero D. AGUSTIN GUIASOLA  
Canónigo de la S<sup>ta</sup> Iglesia Catedral del Obispado de Querétaro.

001576



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DIOS.

*De Iturbide á Querétaro.*

Octubre 28 de 1889.

Sr. Luciano Frias y Soto.

*Mi querido hermano.*

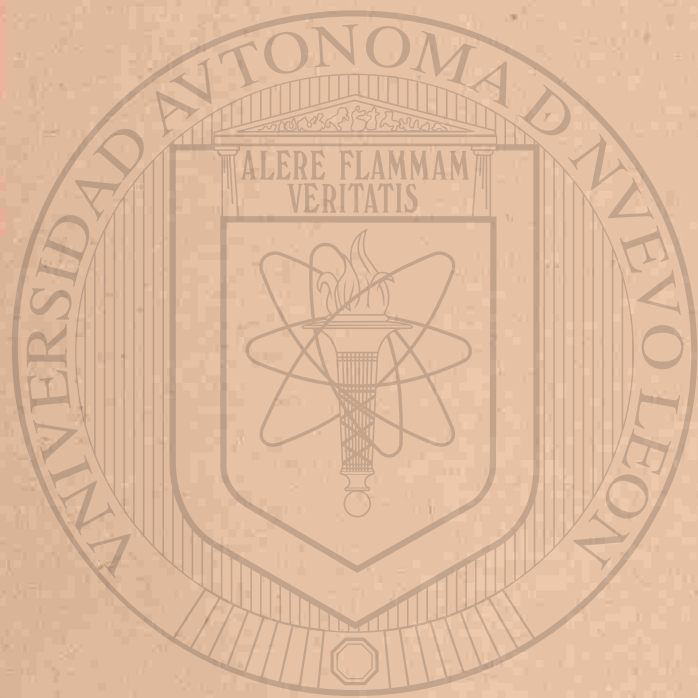
*Ayer concluí unos ligeros apuntes biográficos sobre la vida de nuestro inolvidable hermano el P. Agustín Guisasola. Me consta que entre sus amigos íntimos, tuviste tú un lugar muy distinguido. Así es que no dudo tendrás el interés que tengo yó en que la memoria de Agustín no quede envuelta entre el polvo que cubre su sepulcro; sino que con gusto te encargarás de la impresión de dichos apuntes, á los que acompañará un retrato litográfico de Agustín, cuyo trabajo he encargado yá á un buen artista.*

*Es un acto de justicia elogiar las virtudes de los que han muerto, y presentarlas á la sociedad como un ejemplo que imitar. Si en vez de publicar las miserias del clero y de nuestros prójimos, tuviéramos verdadera caridad cristiana, esas miserias y aun los crímenes mismos excitarían nuestra compasión; y en vez de arrojar LA PRIMERA PIEDRA, elevaríamos á Dios fervientes oraciones pidiéndole por la conversión del clero y de todos nuestros hermanos, y así cooperaríamos al supremo bien de la sociedad.*

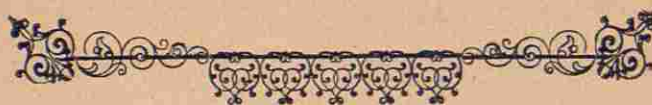
*Creo oportuno que imprimas también esta carta y la coloques al principio de mis apuntes.*

*Sabes que te quiere mucho tu hermano.*

*Nicolás.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS



**N**ACIÓ nuestro hermano en la ciudad de Orizaba el día 24 de Agosto de 1830. Fueron sus padres el Sr. Coronel D. Ramon Guisasola y la Sra. D<sup>a</sup> Clara Illanes.

Asuntos de familia hicieron que Agustín, muy niño, fuera llevado á la ciudad de Tampico donde concluyó su instrucción primaria, cursando, además, elementos de Geografía, Francés y primer curso de Matemáticas.

No consta que despues de la enseñanza primaria haya cursado en algun colegio; pues muy jóven entró al servicio militar en la Guardia Nacional creada con motivo de la invacion Norte-Americana. Así es que carecemos de datos notables sobre la vida de Agustín hasta el año de 1848, en el que, al retirarse nuestras tropas, por la ocupacion de la Capital, llegaron á esa ciudad señalándose como alojamiento nuestro oratorio, al cuerpo que mandaba el Coronel Guisasola.

Habiamos en el oratorio varios jóvenes, que vestiamos la ropa de felipenses y que viviamos bajo

la direccion de sacerdotes tan respetables, como lo fueron entre otros, los PP. Marroquin y Valencia.

Estaba en el orden natural que los jóvenes simpatizáramos con el entonces Capitan Guisasola, joven de arrogante figura, de maneras marciales y de esmerada educacion. El trato familiar y casi continuo, aumentaba cada dia nuestro mútuo cariño; y en eso gozaba particularmente el Coronel Guisasola. Nadie podia adivinar, ni sospechar siquiera, que Dios preparaba por esos medios naturales la vocacion de Agustin al sacerdocio. De una manera vaga comenzó Agustin á manifestar su inclinacion á nuestras prácticas y sus deseos de vivir siempre con nosotros. Luego esos deseos comenzaron á traducirse en hechos, asistiendo con frecuencia á nuestro ejercicio nocturno, oyendo diariamente el Santo Sacrificio de la Misa, y frecuentando los Santos Sacramentos de la Confesion y Comunión. Una vez que me preparaba para dar el ejercicio de la Pia-Union, se me presentó Agustin en la sacristía vestido de gala y me dijo: ¡Chico! (éste era el tratamiento que nos daba) ¡Qué es mejor! ¡Ir á los toros, ó irme á rezar con las viejas á la Iglesia? Como me preguntaba lo que era mejor, es de adivinar mi respuesta. Agustin rasgó su boleta y, muy devoto, asistió al ejercicio. Varios Domingos, que despues de la oracion, platicaba con nosotros, nos hacía la pregunta anterior tratándose de ir al Teatro ó quedarse en nuestra compañía; y siempre rompía el boleta prefiriendo nuestra conversacion.

Era ya necesario que los respetables sacerdotes que nos dirigían tomaran parte en un asunto tan grave para el porvenir de Agustin. Y la tomaron con la prudencia y tino que los caracterizaba.

El P. Prefecto nos dió sabios consejos para los casos en que Agustin nos hablara de su vocacion; y para que nos redujéramos á pedirle á Dios que iluminara y dirigiera con su gracia al pretendiente. El mismo padre de Agustin observó una conducta prudentísima dejándole en absoluta libertad. La obra era de Dios, y supo consumarla venciendo los muchos obstáculos que se presentaban para que Agustin lograra su baja y licencia absoluta en el ejército.

Así pasaron algunos meses hasta que, una noche inolvidable, se presentó Agustin vestido de riguroso uniforme, en el aposento del P. Garcia, donde los jóvenes comunmente nos reuniamos. ¡Chicos! nos dice: dénme un estrecho abrazo, porque Dios me ha concedido lo que tanto deseaba. Nos lee su licencia absoluta; y despues, radiante de alegría, se quita las charreteras, las arroja al suelo, y exclama: ¡Prefiero esa pobre sotana á estas brillantes charreteras!..... Todos lloramos abrazando á Agustin..... Despues de esa escena han transcurrido 40 años..... y todavía su recuerdo emociona mi alma!..... La del único testigo ocular que sobrevive!..... ¡Bendito sea Dios!.....

Es la ocasion de consignar aquí para gloria de Dios, las reflexiones que me han preocupado siempre que pienso en la marcada vocacion de Agustin al sacerdocio.

Primera: Agustin abandonaba la carrera militar á los 18 años de edad, cuando tenía ya el grado de Capitan y se le habia extendido por el Ministerio de la Guerra el de Comandante de Batallon.

Esa carrera, por sí tan llena de ilusiones, lo era

más para Agustín que contaba para el porvenir con las simpatías de sus gefes, con relaciones de mucho valor en la sociedad, como era una de ellas, el parentesco con el gran jurisconsulto, el Sr. Peña y Peña; con su patriotismo y valor personal; sí, Agustín era valiente. Un compañero suyo me refería: que en la memorable batalla de Churubusco, en lo más reñido del combate, cayó herida cerca de Agustín una torcazita. Agustín la acaricia y la coloca en su seno. . . . . Rompe su espada al ser hecho prisionero, antes que entregarla al invasor. Se necesita un corazón muy bien puesto y una alma muy serena, para ejecutar semejantes acciones. ¿Por qué, no es de suponer, que aquella alma fuera asaltada por sueños de gloria? Sin embargo, todo lo renuncia, y prefiere á las coronas y laureles del triunfo, los triunfos con que le brindara el ejercicio del santo ministerio sacerdotal.

Segunda: El Coronel Guisasola era muy pobre, y solo le dejaría por herencia á sus hijos el buen nombre del soldado fiel y pundonoroso que muere en las montañas del Sur, acibillado de heridas, defendiendo al Gobierno constituido. Así es que, Agustín se entregaba enteramente en manos de la Divina Providencia para subsistir durante el largo período de su carrera escolar. Pero Dios, no se hizo esperar, y en la caridad de D. Cayetano García y de su excelente familia, encontró Agustín el pan y el vestido; pues ya su hogar era nuestra casa. Desde entonces aquella familia tuvo un hijo más y cuidó de él con esmero, dándole desde los cigarros hasta las cosas más necesarias para la vida. Aquel galante jóven, que poco ha disfrutaba de honores y de sueldo, quedaba reducido á

la condicion de un niño que de nada propio podia disponer. Para resolverse á aceptar semejante situacion y por algunos años, se necesitaba algo más que las débiles fuerzas de nuestra naturaleza. Era necesaria la gracia especial de Dios.

Tercera: Agustín jamás había cursado las aulas, así es que tenía que comenzar desde el silabario de los Colegios, desde el *musa musæ*. Esta reflexión solo podrá ser apreciada en todo su valor por los que al leer estas líneas recuerden la vida del estudiante minimista en nuestros Colegios.

Esa vida es soportable y aún alagadora para el niño á quien se le desliza el tiempo entre el juguete y el estudio.

Para un jóven que ha vivido con la libertad de un soldado y entre la boruca de un cuartel. ¡Qué distinta aparece! Sin embargo, Agustín á todo se resuelve. Acepta las fatigas del estudio, y es un modelo de respeto y obediencia para con sus superiores. Algo que habla al corazón había en aquel jóven, que ostentando las señales de sus divisas sobre una levita verde, se mezclaba con sus pequeños condiscípulos en sus travesuras; ó los alentaba al estudio y aplicación con su buen ejemplo. La figura de ese estudiante comenzó á llamar la atención de los vecinos de Querétaro; y no faltan quienes recordemos á Agustín atravesando las calles de la ciudad en sabrosa charla con sus pequeños condiscípulos, y comiendo fruta y golosinas en nuestros mercados. Era preciso descubrir en aquel semblante risueño y manso al que más tarde enjugaría muchas lágrimas; y en aquel trato franco y familiar al que se haría todo para todos á fin de ganar á todos para Nuestro Señor Jesucristo.



No sé cual de las tres reflexiones que acabo de consignar arrojen mas luz sobre la gracia que preparaba el alma de Agustin á grandes destinos.

Ya no era posible dudar de una vocacion tan bien probada. En nuestro Oratorio se había fijado la edad de 17 años y haber concluído el curso de Filosofia para admitir á los jóvenes que aspiraban á la observancia de nuestro Instituto. Pero los PP. Prefecto y Diputados acordaron dispensar aquella costumbre en caso tan excepcional como el de Agustin. Así es que concluido por el pretendiente el estudio de latin y llenadas las fórmulas regulares del expediente respectivo, se le admitió en nuestra Congregacion y vistió la ropa de Felipense el día 10 de Febrero de 1850. Era éste el tiempo en que por primera vez servía el que esto escribe, la cátedra de Filosofia en el colegio llamado entonces de San Ignacio y San Francisco Javier, y hoy Colegio Civil. Es muy natural que yo sienta una especial complacencia al mentar el nombre de Agustin entre mis primeros y muy queridos discípulos. La ropa de felipense no era un obstáculo para que Agustin tomara parte en todas las travesuras y muchas veces las *capitaneara*. Esto me ponía en una situacion difícil cuando me era necesario reprender y castigar; pero todo me lo allanaba la docilidad y obediencia de Agustin; pues jamás se disculpaba, sino que sufría el castigo que se aplicaba á todos, sin mas diferencia que la de amenazarme con los ojos y las manos; porque despues en mi cuarto, iba á tomar lo que llamaba la revancha, en la que no siempre llevaba yo la mejor parte.

Habiendo concluido honrosamente el curso de Filosofia se dedicó Agustin al estudio del Dere-

cho Canónico y Teología Moral, distinguiéndose siempre por su aplicacion y talento, y haciéndose cada dia mas simpático á la sociedad, y mas digno del aprecio y consideraciones de sus superiores.

Mientras mas se acercaba la edad en que debería recibir las Sagradas Ordenes parece que se aumentaba mas su fervor en la oracion, y el ejercicio en todas aquellas virtudes que hicieran mas cierta su vocacion. Por fin, terminada la carrera escolar y cubiertos los requisitos canónicos, recibió Agustin la prima Tonsura y Ordenes Menores el 3 de Octubre de 1852; el 10 del mismo mes el Subdiaconado; el 8 de Febrero de 1853 el Diaconado; y el 11 de Marzo de 1854 se ordenó de Presbítero. Así la gracia divina llenó todos los deseos de Agustin y la mas santa de sus aspiraciones. Nuestra Congregacion, lo mismo que la sociedad en general, estaban de plácemes; porque todos esperábamos que, salvas las fragilidades de nuestra pobre naturaleza, la gracia de Dios consumaría su obra, ya que había colocado á Agustin en un campo vastísimo para sembrar el bien, y recoger los frutos, con el ejercicio del Ministerio Sacerdotal.

Tal vez sería oportuno dividir lo restante de la vida de Agustin en tres grandes épocas. Su vida de felipense hasta la exclaustracion; la de Cura de Santiago, hoy Sagrario, en 22 años; y la de Canónico de esta Santa Iglesia Catedral. Pero en realidad, para el espíritu y costumbres de Agustin, nada influian, ni las dignidades conque fué justamente honrado, ni la simple vida de felipense. Era el mismo sacerdote en su aposento de felipense, en la casa parroquial del Sagrario, y en el coro de Catedral. Continuaré, pues, de una manera ge-

neral, sin fijarme en los puntos culminantes, desde donde se abarca el panorama moral de las virtudes de Agustín.

El terrible Cólera Morbus de 1854 fué ocasion de que el nuevo sacerdote diera pruebas inequívocas de celo, abnegacion y caridad. El día y la noche lo encontraban siempre á la cabecera de los apestados, exhortándolos con fervor, y procurándoles medicina, ropa y cuantos auxilios se ponian al alcance de su caridad. Pasada aquella época terrible, siguió Agustín siendo un tipo de felipenses, por su obediencia sencilla, por su mansedumbre y por la exacta observancia de nuestro instituto. Desde entonces se hizo notar por su desprendimiento y misericordia para con los pobres, de cuyas virtudes dió toda su vida incontables y públicos ejemplos, hasta ser ellas, moribundo ya, el motivo de sus últimas palabras, disponiendo que el precio de su baston de carey y puño de oro, que le habian regalado, se le diera á una pobre cuyo nombre no me es dado revelar.

¿Qué extraño es que él mismo nada poseyera? No olvido que algunas veces se presentaba en mi aposento á pedirme con las palabras mas cariñosas le prestara un real, (¡tal vez para desayunarse!) dos y hasta cuatro reales, rogándome que formara un apunte de dichos préstamos. Pasados algunos días me decia: "Tengo, hermano, grande afliccion por lo que te debo..... Ya serán lo menos 4 pesos! ¡Hazme un grande favor!..... Perdónamelos" Mi contestacion era siempre favorable. "Pues bien continuaba; ya que estoy tranquilo, préstame dos reales"..... Es Agustín el único hombre á quien yo he visto materialmente sin camisa, porque habia dado hasta la última de su

uso; y el único á quien he visto dormir sobre las duras tablas de su pobre cama; porque en su colchon.... tal vez descansaba un pobre anciano.... ó dormia tranquilo algun desvalido huérfano! ¡Quién sabe!

Su ardiente celo por el bien del prójimo, y sus sentimientos de la caridad mas pura eran la fuente de donde nacia tantos proyectos para hacer el bien general; irrealizables unos, y poco duraderos los mas; pues para todos era ineludible la necesidad del capital, con el que jamas contó. No obstante, logra fundar un asilo para huerfanos, al que agregó despues, lo que Agustín llamaba Escuela de Artes; y auxiliado con recursos que colectaba entre sus numerosos amigos, pudo sostener mas de un año ambos establecimientos, presentando una exposicion de artefactos, que fueron muy celebrados, y premiados en una solemnísimas velada, en la que leyó una sentida poesia "A la Caridad" nuestro vate Queretano, el Dr. Hilarion Frias y Soto. Así sostuvo, tambien, por once años la enseñanza de algunas cátedras superiores en la casa parroquial, teniendo por fruto, ocho alumnos ordenados ya de Sacerdotes, y algunos otros, que muy aprovechados, bendicen el celo de quien les dió el alimento del alma, dándoles el pan de la sabiduría. Si á estos medios de resultados generales, hubiéramos de agregar el número de familias á las que benefició la caridad de Agustín, sería necesario que ellas mismas, acaso llorando, vinieran á escribir aquí sus nombres..... Y esa lista sería muy grande! Para confirmar la verdad de los hechos referidos apelo á la conciencia de todos los queritanos, seguro de que ni uno solo me desmentiría.

Universidad de Nuevo León  
BIBLIOTECA  
VALVERDE Y TELLEZ

No quiero olvidar, sino darle un lugar de honor en estos apuntes, al juicio que de la caridad de Agustín tenía formado Nuestro Illmo. Sr. Dr. D. Ramon Camacho. Varias veces le oí decir: «este Agustín no tiene remedio; porque es muy fácil para creer y ser engañado;» es..... «La Providencia de los pícaros» ¡Grande elogio en tan pocas palabras! Así probaba nada menos, que en el corazón de Agustín todas las miserias humanas tenían una disculpa; y todas las aficciones, aunque fueran el resultado de un crimen, encontraban un consuelo. Alguna vez que el Illmo. Sr. (siempre en estilo de cariñosa confianza) dijo á Agustín como lo calificaba, Agustín le contestó: «Es cierto, Illmo. Sr., pero consuela pensar: que Nuestro Señor Jesucristo encarnó y murió especialmente por los pícaros.»

A propósito de calificación tan oportuna y honrosa, recuerdo, que en 22 años que sirvió Agustín el Curato del Sagrario, en cuya jurisdicción está situada la Cárcel, dedicó un cuidado especial á los infelices presos. Los visitaba con frecuencia, alentándolos con sencillísimas pláticas, al horror al vicio, y al amor al trabajo y á la virtud. Comunmente cada año les daba ejercicios espirituales de muy buenos resultados prácticos para la moral de aquellos infelices. Existe una preciosa carta, que no copio en obsequio de la brevedad, en la que los presos le dan las gracias á Agustín por cuanto hacía por ellos, en los términos mas cariñosos y expresivos. Su celo se sentía excitado particularmente por auxiliar á los sentenciados á muerte, llegando la cifra de los que acompañó hasta el patíbulo, á la horripilante suma de 140, según consta de los apuntes que hacía Agustín en su cartera.

En una de esas ocasiones fuimos llamados para auxiliar á dos infelices soldados que habían desertado, á tiempo de retirarse de esa ciudad el ejército republicano en la época de la intervención. Concurrimos á la hacienda de la Capilla; y terminada la confesión del que me había elegido, dejé en el puesto á Agustín para ir yo á interceder por el indulto. Ya no era tiempo. Entre tanto la ejecución se llevó á cabo. Uno de los ejecutados murió casi instantáneamente. Sobre el segundo habían descargado 17 tiros y aun daba señales de vida. Agustín no sufre aquella carnicería..... Se arroja sobre la víctima diciendo á los verdugos: ¡Ni un tiro mas!..... ¡Obedecen!..... ¡También las fieras habrían obedecido! Desde ese momento hasta que aquel infeliz espiró muy cerca del Cementerio, no dejó Agustín de hechar agua sobre las heridas, empujando como una vigorosa lucha por salvar la vida de aquel desgraciado. ¡Qué emocionado estaba Agustín al referirme momentos despues, tan horrible episodio! ¡Cuánto había sufrido su corazón!

En el ministerio parroquial del Sagrario, no se distinguía el Cura de los Sacerdotes Vicarios, á los que Agustín colmaba siempre de elogios y de consideraciones. Era ya sabido por los feligreses, que para administrar el Sagrado Viático, ó salir á cualquiera hora á confesiones, lo mismo era encontrar al Sr. Cura que á cualquiera de sus compañeros. La escasez de Sacerdotes en esta Diócesis hacía que Agustín quedara solo, muchas veces, en el ministerio parroquial. Entonces parece que se multiplicaba, á fin de que ningún auxilio faltara á sus amados feligreses. Para Agustín nada era impedimento: ni los ardores del sol, ni

las lluvias, ni las tinieblas de la noche, ni la misma enfermedad, como daría testimonio un gran número de sus hijos. Hubo vez que en una misma noche, y callendo aguaceros torrenciales, saliera Agustín cuatro veces de su Curato, solicitado para confesiones de enfermos, sin tener siquiera tiempo para mudarse la ropa materialmente empapada. No falta quien crea que su última enfermedad se agravó, porque después de tres días de curación, se levantó Agustín para auxiliar y pasar toda la noche á la cabecera de una moribunda.

Desde recién ordenado se dedicó á predicar, con mucha frecuencia, la divina palabra. No perdía ocasión de sembrar esa preciosa semilla. Y todo era para Agustín campo oportuno: las capillas en las haciendas y los suntuosos templos: las cárceles y los hospitales. Su palabra era siempre fácil y sencilla. Jamás se preocupaba por las reglas de la Oratoria; ni buscaba, mucho menos, las alabanzas de los que lo escucharan. Bastábale inspirarse en las doctrinas del Evangelio, y seguir los impulsos de su corazón, que ardía en celo por la salvación de las almas. Era una consecuencia necesaria su dedicación constante al confesionario. En ese ejercicio duraba muchas horas en el día; y aun muy avanzada la noche, se le encontraba confesando, principalmente durante el Santo tiempo de Cuaresma y en las vísperas de festividades religiosas.

Tantas y tan multiplicadas atenciones de Agustín, por el estudio, predicación, confesionario, visitas á enfermos en los hospitales, y visitas en las cárceles: y tanta dedicación á procurar el bien de sus semejantes en cuantas ocasiones se le presentaban, consumían de tal modo su tiempo y lo com-

plicaban al grado de que todos disculpábamos su aparente informalidad, cuando nos daba alguna cita. Y es que Agustín por su bellísima índole y por el deseo de complacer á todos, en cuanto se relacionaba con el ejercicio de su ministerio, no podía negarse á cuanto se le solicitaba. Así, á ejemplo del Apóstol, se hacía todo para todos y en todo tiempo.

Así lo había prevenido la gracia para los fines á que destinaba á este ejemplar sacerdote: pues hasta como hombre de sociedad era un modelo. Dotado Agustín de una índole suave y de un corazón manso, se hacía querer de cuantos se le acercaban. Jugaba con los niños, é inspiraba suma confianza á los jóvenes. En las tertulias de lo que se llamara alta sociedad se descubría en Agustín el cumplido caballero; y sentado á la mesa de los ricos era hombre de educación esmerada y de finísimos modales; pues no era menos afable, consecuente y simpático en las tertulias de los pobrecitos, á que era convidado, inspirándoles confianza, y acomodándose á sus costumbres hasta comer sin cubierto para no avergozar á sus galantes anfitriones. Dados estos grandes trazos de esa gran figura social ¿quién no encuentra muy lógica la proverbial popularidad de que gozó Agustín durante su vida? ¿Quién no se explica el origen del duelo que oprime el corazón de los queretanos, ahora que escribo estas líneas, mojado mi pluma en lágrimas por la muerte de un hermano tan querido?

Una vida gastada por 40 años en trabajos materiales y en sufrimientos morales por llenar, en lo posible, los grandes deberes del Ministerio Sacerdotal, había ido poco á poco desmejorando la sa-

lud de Agustin. Desde hace algunos años padeció mi hermano frecuentes calenturas y pulmonías muy alarmantes; pero no obstante, cumpliendo Agustin con lo que estrictamente exigía la conciencia por recuperar la salud, casi siempre convaleciente dejaba la cama, y parece que sus ocupaciones ordinarias eran su mejor medicina. Así con esas alternativas, lo encontró el último ataque que, en los secretos de Dios, estaba destinado á cortar, para Agustin, la vida del tiempo y de la prueba, abriéndole la vida de la inmortalidad y del premio.

Un telégrama vino á interrumpir mi tranquilidad y á darme el toque de alarma de una grande pesadumbre. Agustin estaba muy grave, y había recibido ya los últimos y tan consoladores auxilios de nuestra Santa Religión.

Con mi alma oprimida de amargura y de inquietud, devoraba yo á otro día, las leguas que me separan de Querétaro. ¡Nunca me había parecido tan larga esa distancia! ¡Cuán cierto es que las horas corren muy lentas, muy lentas, para el que sufre!.....

Amigos muy queridos me esperaban en la Garita de Querétaro para darme la buena nueva de que Agustin aún vivía. Corro cuanto antes á su casa..... me precipito á su recámara, y al verme me dice Agustin. «¡Hermano!» *Lætatus sum*..... Me he llenado de gozo, porque se me ha dicho, irémos á la casa del Señor (Salm. CXXI v. 1.) Despues de las sencillas expansiones de tan supremos momentos, me retiré para hablar con su virtuosísima hermana, Magdalena, y con las personas mas íntimas que asistian á Agustin, sin poderles decir una palabra de consuelo; ni formarles siquiera alguna ilusion de espe-

ranza, porque yo al ver al enfermo sentí algo que oprimía mi corazon con el mas triste desengaño. La medicina había pronunciado su última palabra..... y solo se oía la soberana de Dios que le decía á Agustin..... *morieris tu et non viues!*..... ¡Tú morirás y no vivirás!

Allí, testigos irreprochables me dan detalles relativos á la edificacion, profunda humildad y fervor con que recibió el enfermo los últimos Sacramentos; fijándose en que, al hacer Agustin la protesta de perdonar y pedir perdon á los enemigos, agregaba: ¡Y cómo que sí!..... ¡¡Con toda mi alma!! Procuraban describirme la augusta solemnidad de aquel inefable y tiernísimo acto, que administraba el Sr. Gobernador de la Sagrada Mitra, acompañado de todo el Venerable Cabildo, y de otros respetables Sacerdotes. Procuraban tambien describirme, lo que era indescriptible, la parte que tomaba en aquel solemne acto la sociedad de Querétaro, representada en todas sus clases sin distincion alguna, porque allí las reunían un solo pensamiento y un solo dolor; porque la cita se daba á corazones que saben apreciar, sentir y amar.

Tres días pude estar á la cabecera del enfermo. Como su razon permanecía enteramente despejada, pudimos hablar de corazon á corazon, haciéndome depositario de esos últimos encargos que hacen los moribundos, y que son tan solemnes y tan sagrados. En todos predominaba el espíritu de caridad, que preocupó toda la vida de Agustin, quien al señalarme el destino de sus pobres muebles, agregaba: ¡Qué fastidio causa tener que ocuparse de chácharas y de vaciedades!

No me era posible permanecer mas tiempo y así lo comprendía el enfermo, hasta decirme cari-

ñosamente. «Ya me figuro que tu desaparecerás de aquí, obligado por tus deberes parroquiales.» Tal vez no era esa la razón más poderosa. . . . . Tal vez me sentía cobarde y sin fuerzas, para resistir la última mirada que nos diéramos al despedirse Agustín de la vida. ¡Quién sabe! El caso es que me vine á esperar aquí el telégrama que me trajera la tristísima noticia de la muerte de Agustín. Así sucedió! A los dos días llegó el mensaje que me haría escribir un nombre más en el catálogo, muy grande ya, de seres queridos, que habiendo terminado el tiempo de su peregrinación, me esperan allá donde jamás se muere. ¡Bendita sea por siempre la voluntad de Dios!

Hasta aquí he referido hechos de cuya mayor parte he sido testigo ocular, y de cuya verdad es responsable mi conciencia. Por lo que hace á los últimos momentos de Agustín, á sus funerales y al luto público después de su muerte, me atengo á lo que me han referido testigos oculares también, y de conocida verdad.

Murió Agustín la noche del 17 de Octubre del año corriente, siendo auxiliado particularmente por los Sres. Canónigos D. Juan Gonzalez y D. Francisco Figueroa. La agonía no fué aterradora, sino tranquila y muy semejante al sueño. El toque de Vacante en Catedral, y el Doble en todas las Iglesias de la ciudad anunciaron á todos los vecinos el desenlace tan tristemente esperado. La mayor parte de las tiendas de comercio apareció con la señal de luto acostumbrada; y las conversaciones de todos los vecinos tomaban ese carácter solemnemente triste de los que hablan de la causa de un dolor público por la muerte de alguno que fué generalmente amado.

A otro día fué conducido el cadáver á la Iglesia del Oratorio, acompañado de un numeroso concurso, que iba á tomar la parte más espontánea y voluntaria en los solemnes funerales; pues las exequias en la Santa Iglesia Catedral se celebraron el día 19, con esa pompa y sencillez de que se revisten todas las ceremonias religiosas en tan augusto templo.

Toda la mañana quedó expuesto el cadáver en la referida Iglesia del Oratorio, para que recibiera los últimos homenajes de respeto, amor y gratitud de un pueblo á cuyo bien dedicó toda su vida un tan ejemplar Sacerdote. Era algo muy conmovedor, según me refieren, ver en las calles la multitud de personas que llevaban flores para cubrir con ellas el cadáver ó para regarlas en el suelo. . . . . tal vez humedecidas con lágrimas. Aquella Iglesia se convirtió en un gran salón para recibir una numerosísima familia, que *ella sola se había convidado* para darse mutuamente el más sentido pésame, y elevar, en coro, al Dios de las misericordias las más puras plegarias como son las que brotan, sollozando, de una alma atribulada. ¡Cuánta poesía. . . . .! ¡No! ¡Cuánta verdad se descubre en esos funerales de donde desaparece avergonzada la vanidad humana, para dar el lugar de honor, á los homenajes, que se tributan al verdadero mérito, fundado en el ejercicio de las virtudes morales! ¡Todo sobra allí. . . . .! ¡La tarjeta de luto. . . . .! ¡El carro fúnebre! . . . . .! ¡Los discursos! . . . . .! ¡El sepulcro de mármol con pomposos epitafios! En los funerales de los grandes según el mundo, aun cuando hayan sido Reyes, debería cantarse esta sentencia de la Sagrada Escritura: «Periit memoria eorum cum sonitu.» Pereció la memoria

de ellos con el sonido," (Salmo IX v. VII.) Mientras que sobre los sepulcros de los que mueren en el Señor, aun cuando hayan sido mendigos ó esclavos, se escribe por el dedo de Dios: "In memoria æterna erit justus" "En memoria eterna estará el justo." (Salmo CXI v. VII.)

Para terminar estos apuntes sobre la vida de un ser tan querido deseaba escribir un epílogo que sintetizara todas sus virtudes y todo mi cariño. Confieso ingenuamente que nada me ha ocurrido que satisfaga mis justos deseos. He leído repetidas veces el que escribió el notable cuanto modesto autor de los apuntes biográficos sobre la vida del Illmo. Sr. Dr. D. Ramon Camacho. Perdóneme *Un Católico* tan apreciable, que honre yo mis apuntes copiando á la letra aquel epílogo tan conciso, tan elocuente y tan sábio.

Dice así:

"Hemos concluido. Habríamos deseado escribir páginas dignas de la santa memoria del Varon de Dios de quien nos hemos ocupado; y dignas tambien de nuestros hermanos á quienes las ofrecemos: pero podemos poco, y el único mérito que á ellas atribuimos, es haberlas humedecido, alguna vez, con nuestras lágrimas. Porque para escribirlas hemos tenido que evocar recuerdos desde más de cuarenta años á esta parte; y la evocacion de recuerdos de tiempos mejores, ó de un bien perdido, se asemeja á la exhumacion de los restos de muertos queridos; se les remueve con respeto, se les besa con amor, se les acaricia con ternura; pero se les riega con lágrimas amargas, y con suspiros del corazon se les limpia del polvo que los cubre. Confesando nuestra nulidad, y no pudiendo decir como el Lírico de Venusia, *Exegi monu-*

*mentum ære perennis*, (1) nos consolamos de la insuficiencia de nuestro trabajo, sabiendo como sabemos que aun sin él, *El justo vivirá eternamente en la memoria de Dios y de los hombres.* (Psalm. CXI. 7.)

Pero debemos poner un término cristiano á nuestras áridas páginas cual el principio que les pusimos. Las hemos escrito para legar en ellas á la generacion venidera, con la memoria de un varon ejemplar, un titulo más para alabar al Señor. Porque al admirar y ensalzar las virtudes del justo en la tierra, debemos confesar humildemente que, no el hombre, no los santos en sí mismos, sino el Señor es el admirable en sus santos. *Mirabilis Deus in sanctis suis.* (Ps. LXVII. 36.)

Sobre los sepulcros de mármol de los grandes segun el mundo, suelen escribirse epitafios que mienten, muchas veces, portentos de grandeza, que envanecen á la posteridad y que la humanidad se adjudica como propios suyos. *Gratulentur sibi mortales tale tantumque extitisse humani generis decus* (2) se escribió en otro siglo sobre el sepulcro de un filósofo aleman. ¡Nécia vanidad humana, que hace titulo de orgullo para sí aquello mismo que confiesa haber sido una excepcion fenomenal en la humanidad! El discípulo del Evangelio, cuando deposita en el sementerio cristiano los restos santificados de un templo del Espíritu Santo, que no desmintió la vocacion con que fué llama-

(1) He concluido una obra que durará mas que el bronce. Horacio Oda XXX lib. III. traduccion de De Miguel y De Morante.

(2) *Felicitense los mortales de que tal y tan grande honra del humano linaje haya existido.*

do; que dejó en pos de sí estela de la lumbré de la sabiduría y el perfume de las virtudes que de lo alto recibiera, no hace alarde de sus piadosos cultos en honra y ensalzamiento de un fenómeno en la humanidad; sino que, conociendo y confesando los portentos de la gracia divina, conoce y confiesa la superabundancia de la misericordia reparadora y redentora; entónces, esculpiendo sobre la funeraria losa la Cruz, símbolo de la reparacion y redencion, escribe con temblorosa mano al pié de la enseña santa: *La salud de los justos viene del Señor.* (Ps. XXXV. 39.)

Y nosotros, si dado nos fuera acercarnos de rodillas al humilde sepulcro de II<sup>o</sup> Dignísimo Obispo de Querétaro, escribiríamos sobre la losa que lo cierra. *Porque agradó á Dios fué amado de él; y como vivia entre los pecadores, fué trasladado á otra parte.* (Sap. IV. 10.) *Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al solo Dios sea dada la honra y la gloria por siempre jamás. Amen.* (1<sup>a</sup> Timoth. I. 17.)

Curato de la villa de San José de Iturbibe, Octubre 30 de 1889.

*Nicolás Campa.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UAN

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCION GENERAL DE BIBLIOTECA